



BEATOS FRANCISCO Y JACINTA MARTO

BOLETÍN DE LOS PASTORCITOS – ABRIL - JUNIO 2007 – (AÑO 45)

EL RECORRIDO DE LOS PASTORCILLOS (6)

III. Reparación en el orden absoluto cristocéntrico del mundo y de la salvación

3. La identidad de la entrega a Dios con la reparación y consagración al Corazón de María

Visto que en el ser humano el Nombre de Cristo está grabado bajo un “nombre de vocación” específico, que expresa la glorificación del hombre, el pecado es un insulto a Dios por el insulto de este nombre santo de vocación in-

**María,
hecha uno
con Cristo,
es la corredentora
del género humano**

terior; por eso también la anulación del pecado, la glorificación del nombre de Dios debe realizarse bajo este nombre especial de vocación. Reparación es la viva realización de este nombre, por el cual Dios debe ser glorificado.

Así es fácil comprender la necesidad y también el modo concreto cómo reparar al Corazón de María. Según las palabras de María en Fátima esta reparación de las blasfemias contra su Corazón Inmaculado es idéntica a la entrega del hombre en el sacrificio a Dios trascendente para la salvación de los hombres. Por eso, el hombre no puede prestar al Corazón Inmaculado de María otra reparación, a no ser por su entrega total de sí mismo a Dios en sacrificio de adoración; exactamente en esto consiste la reparación de las injurias de los hombres contra el Inmaculado Corazón de María, porque ellas alcanzan directamente al Dios mismo en el Corazón Inmaculado de María.

Consagración, separación y santificación son los mismo y se realizan en la adoración por el ofrecimiento de sí mismo al Dios trascendente. “Consagrarse a Dios” es obligatoriamente “repararse” y “santificarse” interior y exteriormente en toda la propia personalidad. Por eso el hombre sólo podrá realizar esta consagración a Dios en atención a la consagración especial al Corazón Inmaculado de María



por la purificación de su propio corazón, y al mismo tiempo, partiendo de dentro, por la purificación de toda su personalidad. Esta consagración debe llevar la purificación de cualquier mancha interior y la inten-

**María
quedó en la tierra
para ayudar
a sus otros hijos
a completar la obra
redentora de su Cristo**

ción de procurar en su vida la perfección corporal y espiritual. Esta Consagración al Corazón Inmaculado de María debe partir de dentro, del corazón, para que la persona humana no tenga ninguna mancha. De otra manera la consagración sería

una fórmula vacía e hipócrita. Esta consagración especial a Dios y al Corazón Inmaculado de María será también, al mismo tiempo, reparación al Corazón Inmaculado de María, principalmente por las blasfemias de los hombres cometidas contra este Corazón.

Por tanto, nunca podrá haber reparación y consagración al Corazón de María si no hay primariamente reparación y consagración al mismo Dios, que consiste en la entrega total de toda la personalidad humana a Dios en el sacrificio de la adoración y será al mismo tiempo reparación y santificación; y nunca habrá reparación y consagración al Corazón Inmaculado de María que no sea al mismo tiempo purificación del propio corazón y transformación interior de toda la personalidad humana.

Según la posición de María en el Plan Divino de la Salvación la reparación y la consagración del hombre a Dios, su entrega a Dios en el sacrificio de adoración, es también reparación y consagración al Inmaculado Corazón de María. Pero hoy es necesario insistir a los hombres y

principalmente a los cristianos en el sentido de que la consagración a Dios es la adoración, que debe penetrar toda la vida y transformarla en un "culto divino" en la realización de aquellos aspectos del misterio de Cristo, que brillan en el Corazón Inmaculado de María, como espejo inmaculado y transparente, y que Dios por María los quiere mostrar y aproximar ahora a los hombres. En esto consiste el "Mensaje de Fátima", que exige en primer lugar la purificación del corazón, la anulación de toda mancha en lo más íntimo del corazón.

Es necesario prestar atención al significado de esta referencia del "Corazón de María" y llevar a nuestra intimidad el significado y contenido de este Corazón. María quiere llamar la atención de los hombres para la revelación de Dios, para conducirlos hacia su significado, al contenido de la palabra "corazón" en la Sagrada Escritura.

El corazón es lo más íntimo, es el centro de la persona; por eso insiste en la espontaneidad de la relación de toda la persona humana con Dios. Aquí, en el interior, no se encuentra ninguna criatura "entre los dos", aquí no puede haber otra criatura entre Dios y el hombre; partiendo de este centro será todo manifiesto y penetrado, dirigido y dominado. La "Ley" de Dios se encuentra impresa en el corazón del hombre, él es juez sobre sus pensamientos y sentimientos, sus intenciones y mentalidades, y a Dios nada queda oculto. Partiendo de este centro debe penetrar la Ley de Dios toda la vida del hombre.

El corazón del hombre es la sede ("sitz"), o "domicilio" de la Ley de la Alianza divina, de la que la residencia exterior en el Arca de la Alianza es sólo "imagen". La Ley de Dios, escrita en las tablas de piedra por el mismo dedo de Dios es la señal de aquella "Ley de Dios", que por el Espíritu de Dios fue escrita en la "tabla" viva del corazón humano (Prov. 9, 1-3; 2Cor. 33). Por eso la razón de la fe humana está en el corazón; porque el hombre cree con el corazón (Rom 10, 10) y partiendo de este centro realiza toda su relación con Dios, pone en Dios toda su confianza, realiza con el corazón sincero y fiel su adoración en la fe al Dios celoso, que junto a Sí no tolera ídolos ajenos. Un corazón que junto a Él no tiene ojos para otros ídolos criados, corazón que no mezcla y no trueca la fe, la adoración del Dios vivo con los dioses muertos de corazón, ni los pone en frente o entre Dios con el pretexto de "mediación" en el culto divino, sino que con corazón inmaculado y sincero, por delante de cualquier criatura, se entrega directa y totalmente a Dios.

"Corazón" significa en la Sagrada Escritura en primer lugar: necesidad absoluta de veracidad, de íntima sinceridad ante Dios hasta las últimas profundidades. En la Sagrada Escritura, ante todo queda subrayada la liberación de toda hipocresía; el corazón puro, queda libre de cualquier turbación de pensamientos, deseos, intenciones impuras, que se dirigen directamente a las criaturas y no únicamente para Dios. La liberación de toda hipocresía, de cualquier turbación de codicia del corazón, trae consigo también la libertad en su ser y en su vida, la libertad de la virginidad, la libertad del espíritu de Cristo. Esto "apunta" también el mismo Cristo, principalmente antes de hacer algún milagro exterior: Él en primer lugar lee en el interior de los corazones de los hombres hasta el último rincón; lleva la mirada de los hombres en primer lugar hacia su interior, hacia su propio corazón; juzga y se pronuncia sobre el hombre según su interior.

Por tanto, si María revela y hacer comprender al hombre de nuestro tiempo lo que es su Corazón Inmaculado, exige también el recogimiento del hombre para la interioridad de su corazón; quiere así que la primera orientación del hombre sea para su interior y no para el exterior. María indica con eso al hombre de nuestro tiempo, que el gran peligro consiste hoy en la alienación, porque la mirada del hombre generalmente procura la dirección contraria (Ex, 20, 4). El recogimiento del hombre en el corazón, en el interior, debe ser directo; no tolera la orientación para el exterior, ni la mediación del exterior, porque el hombre no puede orientarse al mismo tiempo hacia su destino por direcciones opuestas. Esto quiere decir que para la interioridad no hay sustitución ni "dos caminos". El trabajo apostólico como actividad exterior nunca puede sustituir la interioridad. Si el hombre llega a tomar "otro camino", se aparta de Dios. Por eso dice el mismo Jesucristo con tanta insistencia a los hombres, que en primer lugar procuren y busquen el Reino de Dios y todo lo demás se le dará por añadidura; y este Reino de Dios se encuentra en el interior de cada hombre (Mt, 6, 33; Lc. 12, 31; 17, 21); el corazón humano es el reinado real de Cristo, el reinado de su Espíritu, el dominio de la Ley de Dios. Nunca dijo Cristo que los hombres, en primer lugar, necesitan una base terrenal, natural y cultural para su vida cristiana y religiosa y para la unión con Dios. Cuanto más piensa el hombre que precisa de un conjunto de cosas terrenales, tanto más se distancia de Dios entonces, tanto más disminuye la conciencia de la proximidad de Dios y andaré menos en la luz y delante de la mirada de Dios y en su alma disminuirá cada vez más la conciencia del pecado, disminuirá el "orden" en su vida y Dios queda cada vez más lejos. La conciencia también se embota cada vez más, su parecer sobre el pecado se torna más incierto y consecuentemente ya no sabrá y no sentirá lo que es en realidad "el pecado", ya no podrá encontrarse con Dios, unirse con Él, se distanciará de Él cada vez más. Por eso el "mandamiento" de la adoración es el primero y no el siguiente o el último.

El recogimiento del corazón, la espontaneidad de la relación interior con Dios y la unión con Dios indican necesariamente la exclusividad del corazón indiviso, sincero, verdadero, sin ninguna hipocresía. La alienación y actividad exterior reprimen cada vez más la claridad interior y la sinceridad, y conducen a la hipocresía farisáica del corazón falso. Si llega a faltar el fundamento de la interioridad, la espontaneidad de la adoración, crecerán cada vez más las falsificaciones. El corazón independiente queda también independiente en las cosas y actividades externas al servicio del culto divino y su "culto divino" solo se identifica con las propias ceremonias. Pero el corazón, que quiere pertenecer a Dios enteramente, debe ser inmaculado.

Esta entrega total a Dios y pertenencia a Dios significa también la renuncia y la separación de este mundo; esto es el reverso absolutamente necesario de la entrega del corazón a Dios. Por eso la separación y el aislamiento de este mundo no puede ser falsificado, que sólo exista en las formas visibles de la vida, bajo las cuales se podrán esconder los deseos de este mundo y encontrar el lugar para sus actividades. El alejamiento y la separación del corazón de la codicia de este mundo, -en el modo de pensar, de sentir, de juzgar y formar las intenciones- es el deber principal, y la raíz interior donde se debe realizar y

manifestar la separación de toda la persona, con cuerpo y alma, en contraposición a cualquier adaptación de codicia de este mundo. Esta total separación de este mundo apartado de Dios en el interior es la virginidad verdadera; la liberación del éros mundano y con esto, de la esclavitud de este mundo, nos trae la vida según la ley de libertad, según la ley del Espíritu.

María revela, por tanto, su Corazón no solo como un “Corazón maternal” según la interpretación natural del hombre de esta generación de Adán, sino también como “morada” inmaculada de la Ley de Dios. La ley de la alianza divina además se idéntica con el amor personal de Dios, con su amor celoso para atraer a los hombres, que es llamado bajo el aspecto de celo “ley”, “mandamiento”. Por eso, la principal conclusión y el fundamento de la ley de la Alianza: que Dios celoso se manifiesta y comunica sensiblemente simbolizado por el fuego abrasador de la montaña ardiente, y con su brazo fuerte libera de la servidumbre ajena a su propiedad y lleva consigo sobre sus alas poderosas de águila para el desierto y se une a sí en la adoración; Él se llama “celoso” y este nombre verdadero comunica a los hombres: “No adoréis a otro dios porque el Señor se llama celoso”. (Ex 34, 14). Es necesario que tengamos muy presente el verdadero tenor del primer mandamiento de la ley de la libertad, que hoy es tan desconocido, porque justamente “el Señor, nuestro Dios, es un libertador celoso” lo dejan fuera.

La prohibición de la idolatría no se refiere únicamente a las formas externas de imágenes de dioses, que no son otra cosa que el producto visible de los ídolos interiores del corazón humano, que sólo en diferentes formas exteriores encuentran su expresión sensible. La adoración interior de los ídolos no es otra cosa que la actividad de los deseos del hombre perverso: el hombre honra a las criaturas en lugar del Dios personal y Creador, que es únicamente en verdad el “Yo soy”. *“Yo soy el Señor, tu Dios, que te hizo salir de Egipto del país de la servidumbre. No habrá para tí otros dioses en mi presencia.* (Ex. 20, 4-6). Este es por tanto, el primer mandamiento de la ley, que el mismo Dios había dado personalmente. El sacrificio reparador es el contenido de este primer mandamiento. En el encontramos concentrada toda la ley, porque es el mandamiento de la adoración reparadora; es el contenido de toda la ley de la libertad, de la ley de la justicia y del amor de Dios, que fue expresado en el sacrificio de la Cruz de Cristo. Esta ley divina de la alianza se encuentra escrita en el corazón de cada hombre; porque Dios le comunicó su propio Nombre “Celoso”, que significa su amor celoso; él fue dado al hombre por el Espíritu Santo que es el mismo amor de Dios y puesto en el corazón de hombre, donde no puede consentir junto a Sí ningún ídolo extraño en el corazón. Por eso en el Nuevo Testamento, – principalmente está claro en los textos del Evangelio de S. Juan– el “Verbo” (“Logos”) y el mandamiento de Cristo quedan expresamente equiparados. Permanecer en el “Logos”, en el “Verbo de Cristo” es lo mismo que cumplir el mandamiento de Cristo, y ambos son idénticos con el permanecer en el amor de Cristo, en la unión mística con Cristo, que es el Amor, que cela y se da como don.

María revela así en Fátima su Corazón Inmaculado como morada inmaculada del amor celoso de Dios, que con fuego abrasador quiere traer a los hombres hacia Sí para el sacrificio de adoración. Si su Corazón Inmaculado re-

cuerda al pueblo de Dios el contenido de la ley de la divina Alianza, quiere también recordarle las palabras de la Sagrada Escritura: “!No uncíros en yugo desigual con los infieles! Pues ¿qué relación hay entre la justicia y la iniquidad?...¿Qué conformidad entre el santuario de Dios y el de los ídolos? Porque nosotros somos santuario de Dios vivo, como dijo Dios: habitaré en medio de ellos y andaré entre ellos; yo seré su Dios y ellos serán mi pueblo. Por tanto, salid de entre ellos y apartaos, dice el Señor. No toquéis cosa impura, y Yo os acogeré. Yo seré para vosotros padre, y vosotros seréis para mi hijos e hijas, dice el Señor todopoderoso”. Teniendo, pues, estas promesas, queridos hermanos, purifiquémonos de toda mancha de la carne y del espíritu, consumando la santificación en el temor de Dios (2 Cor. 6, 14-7, 1).

Si son vivamente cumplidos estos contenidos en la Iglesia de Cristo por cada uno de sus miembros, en los que debe ser realizado el misterio de la “Iglesia”, así será la reparación y la santificación al mismo tiempo por la salvación de los otros y la reparación que muy especialmente es ofrecida al Corazón Inmaculado de María. No es otra cosa la palabra de Dios en la Sagrada Escritura que las palabras de María en Fátima: que su Corazón Inmaculado llama a los hombres de hoy día, sobre todo a los cristianos, para que sea santificado el nombre de Cristo y sea anulada toda blasfemia. Porque Cristo amó a la Iglesia y a Sí mismo se entregó en el sacrificio cruento de su muerte para santificarla, purificarla y repararla: “Él la quiso presentar esplendida, como Iglesia sin mancha ni arruga, ni cosa alguna semejante, sino Santa e Inmaculada” (Ef. 5, 27).

El Mensaje de Fátima nos impresiona y nos conmueve profundamente cuando advertimos que en su centro está el Corazón de la Madre de Dios. Esto nos deja evidente lo que Dios quiso comunicar al mundo en el inicio del siglo XX. Aunque la palabra humana puede ser poderosa, conmovedora o estremecedora, cuando es comparada con la Palabra de Dios, no es más que el canto de un pajarillo en una furiosa tempestad. La Palabra de Dios posee una fuerza infinita, que resucita a los muertos y promulga verdades incondicionales. La Palabra de Dios puede contener nuestro destino. El Mensaje de Fátima es un tremendo juicio sobre el mundo, que Dios, por medio de un Ángel, dio a conocer a los Pastorcitos. Tomad y bebed el Cuerpo y la Sangre de Jesucristo horriblemente ultrajado por lo hombres ingratos. Reparad sus crímenes y consolad a nuestro Dios. Así sabemos lo que está en el trasfondo de las apariciones de Fátima y lo que Dios quiso decir cuando mostró a los hombres el Corazón de la Madre Inmaculada sangrando para que saquemos las debidas conclusiones: romped con el pecado y reparad las heridas del Corazón de la Madre de Dios. Los Pastorcitos vieron, durante las apariciones, el Corazón de María cercado de espinas, sufriendo los tormentos de su Hijo por causa de los pecados y exigiendo reparación.

“Jesús quiere (...) establecer en el mundo la devoción a mi Inmaculado Corazón...” – les dijo María después de mostrarles el infierno, el 13 de julio de 1.917. Lucía en el libro “Las Llamadas del Mensaje de Fátima” explica: «Establecer en el mundo la devoción al Inmaculado Corazón de María significa llevar a las personas a una plena consagración de conversión, donación, íntima estima, veneración y amor. Es, pues, en este espíritu de consagración y

conversión como Dios quiere establecer en el mundo la devoción al Inmaculado Corazón de María.

Todos sabemos lo que representa en una familia, el corazón de la madre: ¡es el amor! En verdad, es el amor lo que lleva a la madre a desvelarse junto a la cuna del hijo, a sacrificarse, a darse, a correr en defensa del hijo. Todos los hijos confían en el corazón de la madre, y todos saben que tienen en él un lugar de íntima predilección. Lo mismo pasa con la Virgen María.

Así dice el Mensaje: «Mi Inmaculado Corazón será tu refugio y el camino que te conducirá hasta Dios». El Corazón de María es, por lo tanto, para todos sus hijos, el refugio y el camino para Dios. Este refugio y este camino fue anunciado por Dios a toda la humanidad, después de la primera tentación. Al Demonio, que había tentado a los primeros seres humanos y los llevara a desobedecer a la orden divina recibida, el Señor dice: «Haré reinar enemistad entre ti y la mujer, entre tu linaje y el suyo. Ella te aplastará la cabeza cuando tú le hieras en el calcañar» (Gen. 3, 15). La nueva generación que nacerá de esta mujer, anunciada por Dios, ha de triunfar en la lucha contra la generación de Satanás, hasta aplastarle la cabeza. María es la madre de esta nueva generación, como si fuera un nuevo árbol de la vida, plantado por Dios en el huerto del mundo, para que todos los hijos se puedan alimentar de sus frutos. Del corazón de la madre reciben los hijos la vida natural, el primer aliento, la sangre germinadora, el palpitante del corazón, como si la madre fuese la cuerda de un reloj que mueve los péndulos. Mirando la dependencia del hijito en estos primeros tiempos de su gestación en el seno materno, casi podríamos decir que el corazón de la madre es el corazón del hijo. Y lo mismo podremos decir de María, cuando llevó en su seno al Hijo del Padre Eterno. Y así, el Corazón de María es, de algún modo, el corazón de esta otra generación cuyo primer fruto es Cristo, el Verbo de Dios.

Y es de este fruto donde toda la generación de ese Corazón Inmaculado se ha de alimentar, como dice Jesús: «Yo soy el pan de vida. El que come mi carne y bebe mi sangre permanece en Mí y Yo en él. Como el Padre que me envió vive y Yo vivo por el Padre, así, aquel que me come vivirá por Mí. (Jn. 6, 48; 56-57). Y este vivir por Cristo es también vivir por María porque Su cuerpo y Su sangre los había tomado Jesús de María.

Fue en este Corazón en el que el Padre encerró a su Hijo como si fuese el primer sagrario. María fue la primera custodia que Le guardó, y fue la sangre de su Corazón Inmaculado la que administró al Hijo de Dios, a Su vida y ser humanado, siendo de Él de quien todos nosotros recibimos «gracia sobre gracia.» (Jn. 1,16). Ésta es la generación de esta mujer admirable: Cristo en Sí y en Su Cuerpo Místico. Y María es la madre de esta descendencia destinada por Dios a aplastar la cabeza de la serpiente infernal. Vemos así cómo la devoción al Inmaculado Corazón de María se ha de establecer en el mundo por una verdadera consagración de conversión y donación. Como, por la con-

sagración, el pan y el vino se convierten en el Cuerpo y en la Sangre de Cristo, y son bebidos como el ser vital en el Corazón de María. Es de esta forma como este Corazón Inmaculado ha de ser para nosotros el refugio y el camino para llegar a Dios.

Formamos así el cortejo de la nueva generación creada por Dios, bebiendo la vida sobrenatural en la misma fuente germinadora en el Corazón de María, que es la Madre de Cristo y de Su Cuerpo Místico. De este modo somos verdaderamente hermanos de Cristo, como Él mismo dice: “Mi madre y mis hermanos son aquellos que oyen la palabra de Dios y la cumplen.” (Lc. 8, 21).

Esta palabra de Dios es el lazo que une a todos los hijos en el Corazón de la Madre; aquí se escucha el eco de la palabra del Padre porque Dios encerró en el Corazón de María Su Palabra, Su Verbo eterno; y es de esta Palabra de donde nos viene la vida: “Si alguno tiene sed, venga a Mí, y beba quien cree en Mí. Como dice la Escritura, brotarán de su seno ríos de agua viva.” (Jn. 7, 37-38). En efecto se lee en el libro de Isaías: «Derramaré agua sobre la tierra árida, y ríos sobre el suelo seco, derramaré mi espíritu sobre tu posteridad, mi bendición sobre tus descendientes» (Is, 44, 3). Esta tierra regada y bendecida es el Corazón Inmaculado de María, y Dios quiere que nuestra devoción ahí eche raíces, porque fue para eso mismo para lo que Dios depositó en él tanto amor como en el corazón de la Madre universal, que consagra y convierte a su generación en el Cuerpo y en la Sangre de Cristo, su Primogénito, Hijo de Dios, el Verbo del Padre: “En Él estaba la vida, y la vida era la luz de los hombres. (...) Y el Verbo se hizo carne, y habitó entre nosotros...” (Jn. 1, 4). Dios inició, en el Corazón de María la obra de nuestra Redención, dado que fue, en su «fiat», donde tuvo principio: “He aquí la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra.” (Lc. 1, 38). “Y el Verbo se hizo carne, y habitó entre nosotros” (Jn. 1, 14).

Y así, en la más estrecha unión que pueda existir entre dos seres humanos, Cristo comenzó con María la obra de nuestra salvación. Las palpitations del Corazón de Cristo, son las palpitations del Corazón de María, la oración de Cristo es la oración de María, las alegrías de Cristo son las alegrías de María; de María recibió Cristo el cuerpo y la sangre que han de ser respectivamente inmolado y derramada por la salvación del mundo. Por eso, María, hecha uno con Cristo, es la corredentora del género humano: con Cristo en su seno, con Jesucristo en sus brazos, con Cristo en Nazaret, en la vida pública; con Jesucristo subió al Calvario, sufrió y agonizó recogiendo en su Inmaculado Corazón los últimos dolores de Cristo, Sus últimas palabras, las últimas agonías y las últimas gotas de Su sangre, para ofrecerlas al Padre. Y María quedó en la tierra para ayudar a sus otros hijos a completar la obra redentora de su Cristo, conservándola en su Corazón como un manantial de gracia –Ave gratia plena– para comunicarnos los frutos de la vida, pasión y muerte de Jesucristo su Hijo.»

(Hermana Lucia: LLAMADAS del Mensaje de Fátima)

BEATOS FRANCISCO Y JACINTA MARTO – Publicación trimestral . Precio de 1 ejemplar = 0,05 € – Director: P. Luis Kondor, svd
Editor y Propietario: Secretariado dos Pastorinhos – Apartado 6 – 2496-908 Fátima
Tel. 249539780. Fax 249539789 e-mail:sec.pastorinhos@mail.telepac.pt **Visite nuestra web: www.pastorinhos.com**
Impreso en Gráfica Almondina, Zona Industrial, 2354-909 Torres Novas D.G.C..S. N° 101051
(Ident. Bancaria): Banco Millennium bcp IBAN: PT50 0033 0000 5009 8593 9510 5